



El Valle

¿Qué tenía el Valle para los estudiantes? No era, desde luego, la figura de Santo Tomás, allí siempre esperando credos y padrenuestros antes de los exámenes, o el santo feliz San Pascual Bailón. A rezar iban más las niñas, y nosotros, para verlas, aunque fuera con disimulo. Recuerdo que una sola vez le recé junto a dos compañeros de curso, para pedir suerte en algún examen complicado. El santo estaba en la entrada lateral, porque la iglesia no se abría normalmente. Mientras permanecíamos allí oíamos todo el trajín de las monjas, y algunas protestas apagadas de los viejos. Detrás de la cancela se desarrollaba una vida que nos daba algo de miedo y ternura.

Lo que de verdad nos gustaba era estudiar al pie del monumento al Corazón de Jesús - "Salvaré a España. Bendeciré a Lucena. 1945", o algo así - pero no sabíamos la razón. Llegábamos con el libro, buscábamos el lateral en sombra, nos sentábamos en los escalones y comenzábamos el primer tirón de una hora. Luego había que moverse, bajar al parque a beber, charlar o cambiar de postura y continuar con el siguiente tirón. Allí abajo podía estar otro compañero de estudios, al que convencías para que subiera

buscando el silencio. A veces, en Mayo, a comer espigas. Se estaba bien allí, y no deseábamos recordar que en tiempos de nuestros abuelos por aquel camino se subía a los muertos, como aquel que tenía catalepsia, y aporreó el ataúd cuando pasaban bajo un álamo.

En el camino al parque crecía el efímero imperio industrial de Baltanás y hasta el monumento llegaban los golpes de chapa y el chirrido de las sierras. Nos separaba de las industrias el camino que iba al Pilar de la Dehesa y eso atenuaba los ruidos y nos parecía estar en un mundo aparte, lleno de viejos y monjas y algún que otro caminante o arriero. Las monjas no salían casi nunca, pero sí los viejos, no todos a la vez, sino de uno en uno y si acaso por parejas, con canastos de la compra, garrafas de vino o sacos. El alto de las gafas, algo tuerto, tenía aires de jefe y le tenía malos modos al pobre flaquillo. En cuanto salían liaban un cigarrillo o pedían a quien estuviera en la puerta, y bajaban a los recados guardando muy bien las distancias entre sí. Luego regresaban con pasos más inseguros y un caliente olor a vinillo.

¿Qué tenía el Valle? Después de tantos años creo que era su dominio del pueblo, su ligera elevación sobre él que permitía una visión mejor de los horizontes, las vías y las carreteras. Allí estabas y no estabas en Lucena. Tenías las puertas abiertas por si querías cambiar. Eran tiempos de emigración, de poner esperanzas fuera del pueblo, tan dormido entonces. Se veían llegar los trenes que podían ir a Madrid o Barcelona, o el coche de Aguilar, o el de Correos subiendo la cuesta de la Estación, quizás con maletas de madera en la baca y caras tristes en su interior. Te entraban ganas de moverte y hacer algo. Quizás por eso estudié tanta Filosofía aquel verano de 1959, bajo la imagen del Corazón de Jesús, que parecía mirarme con comprensión. No

era el ser y la esencia lo que me interesaba, sino el fin de los estudios de Magisterio, que la torpeza de un catedrático, al perder la papeleta, estuvo a punto de retrasar. Teníamos prisa. Había que ir conquistando metas.

En mis últimas visitas vi que el entorno que conocí ha desaparecido definitivamente. Si vas en coche, apenas puedes distinguir el Corazón de Jesús entre urbanizaciones, industrias, colegios y el nuevo instituto. Los caminos ya son calles, y la gente no sabe que allí se comían espigas de cebada, más agradables que las de trigo, a veces cogidas por dos manos que se querían. No se ve el tren, cuyos raíles desaparecieron para abrir la vía verde, y con ello borrar nuestra imaginación viajera. Tampoco se adivinan desde allí las maletas de los emigrantes. En realidad, ¿quién quiere irse ahora de una ciudad como la Lucena actual? En aquellos años una maleta y un tren podían ser la única esperanza.